

Hideyuki Hayashi

Resumén en español

Hideyuki Hayashi nació en Kyoto en 1937, en una familia de alfareros tradicionales. Koson, su padre, fué uno de los numerosos maestros alfareros anónimos que hicieron la reputación de l'artesania Japonesa. Súpo reconocer las aspiraciones artísticas de su hijo y iniciarlo a seguir una formación de escultor en la Academia de las artes en Kyoto. Antes de tomar esa decisión, Koson Hayashi consultó un eminente vecino, el ceramista Kazuo Yagi (1919-1979).

Yagi era uno de los fundadores del grupo *Sodeisha*, cuya creación en 1948 echó las bases de la cerámica Japonesa contemporánea. Los miembros de *Sodeisha*, desde la mitad de los años cincuenta, abrieron la nueva vía del arte de la tierra, explorando universos formales destacados de toda conexión utilitaria. Sus averiguaciones, emparentadas con la escultura abstracta, los situaban en la vanguardia de la cerámica Japonesa, hasta internacional.

Hayashi terminó sus estudios en 1959. Después habiendo trabajado la madera y el metal, cedió a l'atractivo de l'arcilla. En 1964, fue admitido en el seno de *Sodeisha*. Desde entonces, Hayashi será seleccionado para numerosas exposiciones colectivas en Japon, Estados Unidos, Australia y Europa.

Hayashi escogió la tierra porque ese material no acepta docilmente cualquier constreñimiento. La tierra resiste y «responde» al gesto. En las fases cruciales del secamiento y de la cocción, puede hasta rebelarse, aniquilando los esfuerzos del ceramista. Para Hayashi, el acto creativo es posible solo cuando subsiste una tensión entre la técnica y la materia. Se desconfía de una maestría demasiado perfecta, cual reduce el arcilla al silencio, a l'inercia.

Desde del final de los años ochenta, el artista deja regularmente su taller de Kyoto para trabajar en otras tierras, en Japon o en el extranjero. Así como los *Kamagure*, debe cada vez adaptarse a las materias primas y a los medios técnicos que encuentra localmente. Imponiéndose esa «disciplina del vagabundeo», rechaza el confort calmante y afila sin descanso su vigilancia. Es en este espíritu que trabajó, de junio hasta septiembre de 1994, en el Europea Ceramic Work Center de Bois-le-Duc en Holanda.

La exposición del Museo Ariana de Ginebra muestra, en una primera mundial, las obras nacidas de esta etapa holandesa. Presenta también una selección de trabajos representativos de la evolución de Hayashi entre 1970 y 1980.

Los Kamagure
por Hideyuki Hayashi (1990)

En la ocasión de un encuentro con el ceramista Ikuzo Fujiwara, el año pasado, hemos evocado los *Kamagure*, literalmente los «poseídos del horno». Creado en la época de Edo (1615-1868), ese término designaba una categoría de alfareros ambulantes errando de un almacén al otro, viviendo día tras día de su habilidad a trabajar la tierra. Su «técnica» era su única riqueza. El modo de existencia de los *Kamagure* los situaba, por así decir, en margen de la sociedad. Eran aceptados tal como eran, aún su comportamiento no respondía siempre a las normas establecidas.

La idea me vino entonces de identificarme a esos artesanos errantes. Portado por lo que podríamos llamar la energía del momento, senti fuertemente como una inspiración: la impresión fugaz de descubrir de nuevo la tierra. A menos que eso haya sido una simple ilusión? El caso es que en este año 1989, trabajé a Mashiko en abril, en Hagi en mayo, después a Okinawa en julio. Tal vez intenté así de sobrepasar la sensación de ahogamiento que me habitaba en esa época? Trabajaba rechazando obstinamente las formas que buscaban a invadir los espacios vacíos de mi espíritu. De esa manera, no es que estaba yo esperando encontrar de nuevo una relación más íntima con la arcilla?

Imaginaba esos virtuosos alfareros, su silencioso diálogo con la tierra. Veía otra vez cada uno de sus gestos que, en sí, es singularmente desprovisto de sentido. Esa evocación me procuraba una profunda emoción. Entre sus manos, la arcilla se cargaba de un poder expresivo que parecía del todo natural. Me aparecía como una evidencia que traían en ellos el esencial de la profesión.

Por lo que a mí se refiere, seguiré probablemente mi propio camino, pero desde que se impone a mi espíritu la imagen de esos alfareros frente a una masa de arcilla todavía inerte, me siento unido en una especie de nostalgia admirativa.

Esa experiencia fue un viaje en el más profundo de mi ser, en un paisaje donde las olas cambian de forma en todo instante.